

LOURENZO FERNÁNDEZ PRIETO | NOMES E VOCES (eds.)

Memoria de guerra y cultura de paz en el siglo xx

De España a América, debates
para una historiografía

TREA

PIEDRAS ANGULARES



MEMORIA DE GUERRA
Y CULTURA DE PAZ EN EL SIGLO XX
De España a América, debates para una historiografía



Lourenzo Fernández Prieto y Nomes e Voces (eds.)

EDICIONES TREA

ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA
COLECCIÓN PIEDRAS ANGULARES

Primera edición	febrero del 2012
© DEL TEXTO	Los autores de cada capítulo, 2012
© DE ESTA EDICIÓN	Ediciones Trea, S. L. Polígono de Somonte María González la Pondala, 98, nave D 33393 Somonte-Cenero. Gijón (Asturias) Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712 trea@trea.es www.trea.es
DIRECCIÓN EDITORIAL	Álvaro Díaz Huici
COORDINACIÓN	Pablo García Guerrero
PRODUCCIÓN	José Antonio Martín
DISEÑO ORIGINAL	Pandiella y Ocio
IMPRESIÓN	Gráficas Ápel

D. L.: As. 285-2012
ISBN: 978-84-9704-624-4
Impreso en España. *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

In memoriam

ISAAC DÍAZ PARDO

Pionero rescatador y editor de la memoria del pasado incómodo

JORGE SEMPRÚN

Memoria del antifascismo

COMITÉ ORGANIZADOR DEL CONGRESO INTERNACIONAL:
MEMORIA DA GUERRA, RECONCILIACIÓN Y CULTURA DE PAZ

Coordinador

Lourenzo Fernández Prieto (catedrático de Historia Contemporánea [usc]
e IP del proyecto de investigación interuniversitario Nomes e Voces

Miembros

Xosé Manoel Núñez Seixas (usc), catedrático de Historia Contemporánea; Julio Prada Rodríguez (UdV), doctor y profesor titular de Historia Contemporánea; Emilio F. Grandío Seoane (usc), doctor y profesor titular de Historia Contemporánea; Dionisio Pereira González, coordinador del proyecto Nomes e Voces e historiador; Eduardo Rey Tristán (usc), doctor y profesor contratado de Historia de América; Andrés Domínguez Almansa (usc), doctor e investigador del proyecto Nomes e Voces; Antonio Somoza Cayado (usc), doctor e investigador del proyecto Nomes e Voces, y Xurxo Pantaleón Cadilla (usc), investigador del proxecto Nomes e Voces

Secretaría del Congreso

Gustavo Hervella García y María Jesús Martínez Domínguez (usc),
investigadores del proyecto Nomes e Voces

Responsable de difusión del Congreso

María Jesús Martínez Domínguez (investigadora del proxecto Nomes e Voces)

COMITÉ CIENTÍFICO DEL CONGRESO INTERNACIONAL:
MEMORIA DA GUERRA, RECONCILIACIÓN Y CULTURA DE PAZ

- Sr. D. Xosé Ramón Barreiro Fernández (Universidade de Santiago de Compostela)
- Sr. D. Justo González Beramendi (Universidade de Santiago de Compostela)
 - Sr. D. Jesús de Juana López (Universidade de Vigo)
 - Sr. D. Pedro López Gómez (Universidade da Coruña)
- Sra. D.ª Pilar López Rodríguez (Universidade de Santiago de Compostela)
 - Sra. D.ª Conxita Mir i Curcó (Universitat de Lleida)
- Sr. D. Ramón Villares Paz (Universidade de Santiago de Compostela)
- Sra. D.ª María Jesús Baz Vicente (Universidade de Santiago de Compostela)
 - Sra. D.ª Ana Cabana Iglesia (Universidade de Santiago de Compostela)
 - Sra. D.ª Ángela Cenarro Lagunas (Universidad de Zaragoza)
- Sr. D. Daniel Lanero Táboas (Universidade de Santiago de Compostela)
 - Sr. D. Domingo Rodríguez Teixeira (Universidade de Vigo)
 - Sr. D. Carlos F. Velasco Souto (Universidade da Coruña)
 - Sra. D.ª Concha Varela Orol (Universidade da Coruña)

Índice

Tener presente el pasado para un futuro distinto. FEDERICO MAYOR ZARAGOZA	13
Recordando el Foro 2010. MANUEL DIOS DIZ	19
<i>Presentación.</i> Contra la ignorancia: conocer el pasado incómodo. LOURENZO FERNÁNDEZ PRIETO.	21
~	
Conferencia inaugural. Violencia y desmemoria. CLAUDIO SÁNCHEZ ALBORNOZ . . .	23
Capítulo 1. El pasado incómodo en el Estado español: guerra, persecución, reconciliación. LOURENZO FERNÁNDEZ PRIETO.	37
1.1. Llegará el momento del olvido. GABRIELE RANZATO	48
1.2. Pasado común y responsabilidad colectiva. PEDRO RUIZ TORRES.	52
1.3. Contra la ortodoxia. Los últimos debates en torno a la «memoria» en España. JAVIER RODRIGO	59
1.4. España: La imposible memoria cívica. JOSÉ CARLOS BERMEJO BARRERA	67
Bibliografía del capítulo 1.	75
Capítulo 2. El pasado incómodo en Europa: guerra, persecución, reconciliación. Tratamiento histórico-comparativo. XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS	77
2.1. De vuelta al pasado colonial. ANDREAS STUCKI	83
2.2. Las políticas de memoria y el ajuste de cuentas con el pasado comunista en la Europa centro-oriental. Una reflexión. JOSÉ MARÍA FARALDO	89
2.3. El caso alemán. Un prolongado debate sobre el recuerdo. LUDGER MEES	98
Bibliografía del capítulo 2.	113

Capítulo 3. El pasado incómodo en Latinoamérica: guerra, persecución, reconciliación. Tratamiento histórico-comparativo. EDUARDO REY TRISTÁN.....	117
3.1. El despliegue de las memorias: el peso del pasado reciente en El Salvador. JORGE JUÁREZ ÁVILA.....	122
3.2. El pasado incómodo en Latinoamérica: guerra, persecución, reconciliación. Tratamiento histórico-comparativo. El caso chileno. MARÍA ROSARIA STÁBILI... ..	129
3.3. Brasil ante su pasado. Rompiendo el silencio de la historia oficial. MARÍA LUÍZA TUCCI CARNEIRO.....	137
3.4. El pasado incómodo en Latinoamérica: guerra, persecución, reconciliación. Tratamiento histórico-comparativo. El caso argentino. HORACIO VERBITSKY ..	151
Bibliografía del capítulo 3.....	160
Capítulo 4. Genocidio, justicia transicional y reparación jurídica: reconciliación y olvido. JULIO PRADA RODRÍGUEZ	163
4.1. ¿Se cometieron crímenes contra la humanidad en la guerra civil? Algunas consideraciones sobre los mecanismos de la justicia transicional española. CARLOS TEIJO GARCÍA	169
4.2. Reflexiones desde la antropología forense en relación con la recuperación de la memoria histórica en Galicia. FERNANDO SERRULLA RECH	183
4.3. La verdad, la justicia y la reparación a las víctimas del conflicto armado interno: tres tareas pendientes del estado salvadoreño. SALVADOR EDUARDO MENÉNDEZ LEAL.....	192
4.4. Genocidio: concepto, debate y discurso. ANTONIO MÍGUEZ MACHO.....	197
Bibliografía del capítulo 4.....	207
Capítulo 5. La recuperación cívica de las memorias. O pasado oculto desde la sociedad. ELISEO FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ	211
5.1. La experiencia gallega. MANUEL MONGE	216
5.2. La recuperación cívica de la memoria en O Val Miñor. CARLOS MÉIXOME QUINTEIRO.....	219
5.3. Iniciativas internacionales de memoria. SILVIA FERNÁNDEZ	229
5.4. La experiencia catalana. MARÍA JOSÉ BARREIRO LÓPEZ DE GAMARRA.....	234
Bibliografía del capítulo 5.....	237

Capítulo 6. Construyendo el pasado. Investigación y políticas públicas de la memoria. Memoria y archivos. EMILIO F. GRANDÍO SEOANE	239
6.1. Los archivos españoles y la memoria histórica: luces y sombras. ANTONIO GONZÁLEZ QUINTANA	244
6.2. Memoria y archivos. La Fundación Pablo Iglesias. AURELIO MARTÍN NÁJERA . .	248
6.3. Construyendo el pasado. Investigación y políticas públicas de la memoria. El caso navarro. EMILIO MAJUELO	253
6.4. Conocimiento y reconocimiento del golpe de Estado de 1936. La violencia política y sus víctimas: el proyecto de investigación Nomes e Voces. ANDRÉS DOMÍNGUEZ ALMANSA	260
Bibliografía del capítulo 6.	264
Capítulo 7. Construyendo el pasado. La investigación del pasado incómodo. CONXITA MIR.	265
7.1. Violencia de género y primer franquismo: culturas carcelarias y medidas asistenciales. JULIÁN CHAVES PALACIOS	273
7.2. Proyecto de investigación: Voces del pasado. Testimonios orales de represión y violencia política en Asturias. AMAIA CAUNEDO	294
7.3. El incómodo pasado del País Vasco. JOSÉ ANTONIO PÉREZ.	302
Bibliografía del capítulo 7.	310
8. Algunas conclusiones del coloquio para continuar un debate.	315
Breve semblanza de los autores	323

Tener presente el pasado para un futuro distinto

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA
(Fundación Cultura de Paz)

Memoria de la violencia, del odio, de la animadversión. Memoria de las víctimas, de *todas* las víctimas. Si fuéramos capaces de recordar a todas las víctimas de todas las guerras, de todas las catástrofes, de todas las acciones delictivas... , si a todos los tuviésemos presentes, entonces, sólo entonces, rechazaríamos para siempre el enfrentamiento y forjaríamos nuestro comportamiento cotidiano con acciones de concordia, conciliación y paz.

La paz es aceptación de todas las diferencias y de todas las opiniones, de tal forma que descarta cualquier imposición, fuerza, coacción.

La gran riqueza de cada uno y de la humanidad en su conjunto es la memoria. Saber lo que aconteció. Ni el desconocimiento ni el olvido propician la paz. La paz requiere el saber profundo y la indulgencia bien meditada.

Las lecciones del pasado sirven para diseñar un futuro en donde ya no aparezcan los sentimientos ni los argumentos que provocaron las conductas violentas pretéritas.

El gran pecado personal y colectivo, la gran cobardía que siembra semillas de desasosiego e intemperancia es ocultar intencionadamente, por miedo a amenazas interiores, lo que debía explorarse minuciosamente. Hay que tener la valentía de recordar para revivir, para poder así elegir bien los rumbos del futuro.

Recordar es un deber, un ejercicio de responsabilidad personal y social. Por ello, la «memoria histórica» es imprescindible. ¿Por qué pretenden impedirnos saber con detalle lo que pasó? Sólo el conocimiento preciso del pasado permite diseñar el mañana que anhelamos, porque ya somos conscientes de lo que no debería acontecer nunca más, conscientes también de lo que debería repetirse y conservarse.

Memoria de la guerra para la paz futura, pasando de la mano alzada y armada a la mano tendida, de la acusación a la conciliación.

El pasado es como fue y debe describirse fidedignamente. Pero ya no puede escribirse. El futuro, debe quedar muy claro, no es inexorable: procurar que esté a la altura de la dignidad humana es el gran reto, la gran responsabilidad.

Me gusta repetir el extraordinario, denso y esperanzador verso de Miquel Martí i Pol: «Todo está por hacer y todo es posible... pero ¿quién sino todos?».

Todos, podemos.

Memoria de la guerra para la paz futura. Memoria de la imposición, del dominio, de la violencia... que se han ejercido secularmente por un poder masculino, poder absoluto que ha mantenido a lo largo de los siglos a todos los demás seres humanos como vasallos, como súbditos que debían ofrecer sin discusión la propia vida.

Ciñéndonos al último siglo, meditemos sobre la horrenda guerra fratricida provocada por un lanzamiento militar contra la Segunda República, en España. En América latina, la terrible Operación Cóndor, que, llevando el paulmacarthismo a sus últimas consecuencias, sustituyó regímenes democráticos por juntas militares responsables de miles y miles de asesinatos; en Asia, sueños imperiales interpretados con astucia y ambición sin límites por Tanaka condujeron a la invasión de Manchuria, China, Indochina, Filipinas... y, en los días primeros de diciembre de 1941, al ataque de la armada de Estados Unidos en Pearl Harbour; el imperio soviético con los sanguinarios gulags de Stalin... Pero, sobre todo, en Europa, dos grandes conflagraciones, fruto amargo de las ambiciones expansionistas de Alemania, del nazismo, del fascio.

Es, precisamente, al término de la guerra de 1914 cuando el presidente Woodrow Wilson, conmocionado por un enfrentamiento caracterizado por un lento exterminio sin piedad, concibió el convenio de la *paz permanente* y la institución de la Sociedad de Naciones, que, a partir de aquel momento, velaría para que no pudieran volver a tener lugar conflictos bélicos de aquella naturaleza, resolviendo por vías diplomáticas sus diferencias y conflictos.

De igual modo, al término de la guerra de 1939 a 1945, el presidente Franklin Delano Roosevelt, abrumado por la magnitud alcanzada a escala mundial por una contienda en la que se utilizaron armas de destrucción masiva, exterminio de culturas y civilizaciones, con genocidios y holocausto, decidió crear un sistema de las Naciones Unidas, gracias al cual el mundo iniciaría una larga marcha hacia un futuro pacífico, eliminando «el horror de la guerra». Y, así, la Carta de las Naciones Unidas se inicia con una frase que me gusta subrayar una y otra vez porque su puesta en práctica representaría, *hoy*, en los albores del siglo y de milenio tan turbulentos que estamos viviendo, una solución de concordia y conciliación a escala mundial. Dice así: «Nosotros, los pueblos [...], hemos resuelto evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra». ¿Quiénes deben, en último término, tener en sus manos las riendas del destino colectivo? Los pueblos. Es la gente. Es la democracia genuina la solución. Y la gente, los pueblos, deciden construir la paz y evitar la guerra teniendo en cuenta el compromiso supremo: las generaciones que llegan a un paso de la nuestra, a sus descendientes, a todos los habitantes de la Tierra, a todos los que la habitarán sucesivamente.

Una vez más, las excelentes fórmulas que podían haber representado un punto de inflexión en la historia no se cumplieron. No supieron aplicarse por los poderosos, de tal modo que, al poco tiempo, no eran los pueblos sino los Estados únicamente los que integraban las Naciones Unidas; no se ayudaba a los países más menesterosos, sino que se le prestaba dinero en condiciones draconianas; no se practicaba, para



A Volta dos Nove, lugar de memoria en el que el recuerdo de las víctimas fue mantenido durante los años de la dictadura con cruces pintadas clandestinamente en las rocas del entorno. Imagen del monumento promovido por el Instituto de Estudios Miñoranos. Fondo IEM. Proxecto Nomes e Voces

compartir mejor —«com-partir», la palabra mágica de los años cincuenta para cambiar el mundo— la cooperación internacional adecuada y solícita, que degeneró en explotación de los recursos naturales de estos países en desarrollo... Todo esto bajo la sombra amenazante de la carrera armamentística que desde casi el final de la segunda gran guerra había enfrentado a las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética.

Al final de la década de 1980 se suceden una serie de acontecimientos que hubieran podido dar pleno sentido a la Declaración Universal de los Derechos Humanos que, desde 1948, constituía una referencia ética permanente en el firmamento conceptual de todos los seres humanos, pero que permanecía marginada por los grandes líderes, que, en general, fueron incapaces de apercebirse de que los momentos históricos favorables para grandes transformaciones no deben desperdiciarse.

En efecto, se produjeron varios acontecimientos de extraordinario relieve: sin una gota de sangre, el imperio soviético, por la acción inesperada y genial de Mikhail Sergeevich Gorbachev, se desmorona, como el símbolo del muro de Berlín, y los países pertenecientes a la Unión Soviética inician como CEI (Comunidad de Estados Independientes) una larga marcha hacia sistemas de libertades públicas; en Suráfrica, otro genio de lo inesperado, el prisionero Nelson Mandela, al concluir 27 años de reclusión, los últimos de ellos en la terrible cárcel de Robben Island, en la isla de las serpientes, frente a Ciudad del Cabo, en lugar de salir con sed de venganza y violencia, llega, en muy poco tiempo, con la complicidad del presidente Frederick de Clerk, a la eliminación del abominable racismo que representaba el *apartheid*, y en pocos meses se produce el auténtico milagro de que un negro presida el gran país surafricano; y se llega a la paz en Mozambique, por la intermediación de la Comunidad de San Egidio; y termina con éxito, en Chapultepec, el proceso de paz de El Salvador; y se inicia el proceso de paz en Guatemala...

Pero todas estas realidades, en lugar de llevar al término de la «guerra fría», al reforzamiento del sistema de las Naciones Unidas y a la atribución de grandes cantidades, procedentes de los gastos militares ya innecesarios por los acuerdos alcanzados, no tuvieron lugar y los «dividendos de la paz» no fueron, como se había anunciado tantas veces, el gran paliativo de la pobreza y la desdicha que afectaban a tantos seres humanos en toda la Tierra. Bien al contrario, el presidente Reagan, auxiliado como diligente acólito por la primera ministra Margaret Thatcher, decidió establecer la hegemonía anglosajona, liderada por Estados Unidos, para lo cual sustituyeron de un plumazo los principios democráticos occidentales (justicia social, solidaridad, igualdad, libertad...) por las leyes del mercado; los valores éticos universalmente aceptados por los valores bursátiles que tanto benefician a unos cuantos... Y marginaron a las Naciones Unidas, iniciando un proceso de «globalización» liderado exclusivamente por los países más ricos de la Tierra: fueron seis al principio, después siete, con la adición de Canadá; después ocho, con la de la Federación Rusa..., y, así, se pretendió que el G8, durante muchos años, fuera el máximo referente de la gobernación mundial.

El resultado está a la vista. Una crisis de hondo calado, crisis múltiple (ética, democrática, política, social, económica, medioambiental, alimentaria...) que se intenta resolver, desafortunadamente, con las mismas fórmulas neoliberales que a ella han conducido. Estamos en los últimos coletazos de este proceso, y puede vaticinarse que el «gran dominio» (militar, energético, financiero, mediático) no tardará en tener que claudicar.

Y lo hará porque, entre tanto, son muchas y muy importantes las regiones que se han ido «apartando» de la suerte de occidente: América latina, con sistemas progresivamente democráticos e independientes del «gran hermano del norte», con países «emergentes» de la fuerza e ímpetu de Brasil, con el liderazgo del presidente Lula; la Federación Rusa, con una extraordinaria riqueza y un sistema que, a pesar de los pesares, va ganando en representatividad y gobernación democrática; el continente

africano, que, muy despacio pero con firmeza, se va emancipando del colonialismo tecnológico y financiero al que se ha visto —y en alguna medida todavía sigue— sometido; y, en Asia, grandes países como la India, un coloso que con gran dignidad va superando sus precariedades y afianzándose desde un punto de vista científico y técnico, con un proceder y estilo heredados del Mahatma Gandhi, que confieren a este gran país un potencial extraordinario y le reservan, sin duda, un lugar muy especial en los escenarios de un futuro no lejano... Y queda, claro está, China. La China enigmática, misteriosa, impenetrable. El gran país comunista que en estos momentos es el gran país capitalista, por la incoherencia, la codicia y la irresponsabilidad de quienes pensaron que convirtiendo a China en la gran fábrica del mundo podrían ganar más dinero todavía, sin importarles las condiciones laborales y el respeto a los derechos humanos que se observaran en este país inmenso, cuyo devenir constituye uno de los grandes retos de la humanidad en estos momentos y que debería y podría abordarse debidamente si, por fin, «los pueblos» pudieran eliminar de sus alas las adherencias residuales del sistema neoliberal e iniciar, conjuntamente, un «nuevo comienzo».

El camino de la emancipación que se requiere es muy difícil, pero es ya posible. ¡Qué buen ejemplo nos acaba de dar la constitución en América latina de la CELAC (Comunidad de Estados de América Latina y del Caribe)! ¡Qué buenos ejemplos acaban de darnos los países del Magreb, en los cuales el silencio de los ciudadanos ha llegado a su término! He insistido durante muchos años en la necesidad, para que «los pueblos» inicien un recorrido correcto hacia el mañana, de dejar de ser súbditos y pasar a ser ciudadanos plenos; de dejar de ser espectadores para convertirnos en actores participativos; de ser receptores de información, impasibles, en emisores permanentes, expresando nuestra opinión, elevando la voz.

Hasta ahora esto no era posible, y los ciudadanos permanecían exclusivamente como testigos de las acciones de quienes, desde el origen de los tiempos, llevaban a la práctica el perverso adagio de «si quiere la paz, prepare la guerra». En los últimos años, gracias a las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, es ya posible la participación no presencial ciudadana. Es ya posible que las democracias pasen de ser formales y vulnerables a representativas, genuinas y firmes. Estamos en un proceso irreversible en el cual, es un hecho histórico, la voz del pueblo será realmente la que lidere, la que establezca los derroteros colectivos.

«Nosotros, los pueblos»... representa realmente el «nuevo comienzo» que nos señala la Carta de la Tierra. Los pueblos, cada ser humano único, capaz de crear, puede ahora comparar, ya que poseen una consciencia global, pueden apreciar lo que tienen y conocer las precariedades del prójimo.

«Nosotros, los pueblos»..., sin distinción de raza ni de sexo: el porcentaje de mujeres en la toma de decisiones permite augurar cambios de extraordinaria importancia en la gobernación futura.

Todos los pueblos, por fin, con memoria personal y colectiva de todo el pasado, sin claroscuros, para hacer posible un porvenir a la altura de la igual dignidad humana.

Lo pueblos, conocedores de la guerra, de la violencia, de la imposición..., situarán a todas la víctimas, sin excepción, en el pórtico mismo de su comportamiento cotidiano.

Deber de memoria. Deber de recuerdo para que todas las voces y nombres estén presentes. Las voces de todos y no de unos cuantos para iluminar definitivamente la historia de la humanidad, hasta hoy tan tenebrosa.

Recordando el Foro 2010

MANUEL DIOS DIZ

Presidente del Seminario Galego de Educación para a Paz

Coordinador del Foro 2010

El Foro 2010, celebrado en el mes de diciembre, en Santiago de Compostela, fue un desafío de enorme magnitud. Desde dos años antes, un comité organizador presidido por Federico Mayor Zaragoza, integrado por más de cincuenta organizaciones de muy diferente tipo (pacifistas, ecologistas, feministas, sindicatos, fundaciones, grupos de investigación, universidades...) unieron sus esfuerzos para realizar en la capital de Galicia un evento múltiple que, finalmente, congregó a más de mil personas inscritas y a muchas más que participaron en los actos paralelos (exposiciones, ciclos de cine, actuaciones musicales), con la cultura de la paz como eje central.

Fueron tres grandes congresos internacionales, una reunión de alto nivel, así como un Foro Mundial de Educación temático, adscrito al Foro Social Mundial, que coincidieron durante el mes de diciembre en diferentes espacios de la Universidad.

Hoy, con perspectiva, y desde la visión concreta de la persona que tuvo la honra de coordinar todo este conjunto de iniciativas, el balance no puede ser más positivo. El grado de participación, la calidad de los congresos y de las intervenciones, las representaciones internacionales, el público asistente, tanto a los actos académicos y de los movimientos sociales como a los culturales y festivos, nos permiten afirmar que, probablemente, nunca antes había habido un evento de estas características en Galicia.

En este contexto, el coloquio internacional titulado Memoria da Guerra, Reconciliación e Cultura de Paz, que tuvo lugar entre los días 13 y 15 de diciembre en el auditorio de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la USC, del que ahora conocemos sus magníficas actas, directamente vinculado con el proyecto interuniversitario Nomes e Voces, fue uno de los más importantes, por la calidad de los ponentes, por los coloquios desarrollados y por la participación, tal y como ahora tenemos la oportunidad de recordar.

Como coordinador del Foro 2010, no puedo más que felicitar a los organizadores, agradecerles su colaboración y animarlos a continuar con sus trabajos académicos y en la recuperación de la memoria de la guerra, como mejor manera de construir la verdadera reconciliación, sólo posible desde la verdad y la justicia.

Para el Seminario Galego de Educación para a Paz, para la Fundación Cultura de Paz, como para el comité organizador del Foro 2010, fue un orgullo y una satisfacción compartir sueños y esperanzas con los organizadores de este coloquio internacional que puso a Compostela, por unos días, en el centro de la recuperación de nuestra propia memoria, tan ocultada, sobre los valores de la tolerancia y de la paz.

La publicación de las actas da testimonio inequívoco de los objetivos y contenidos de aquel congreso, que, desde el conocimiento, por la reflexión y el saber, procuró (y procura) desvanecer los secretos de una ignorancia forzada.

Felicidades y mucho ánimo.

PRESENTACIÓN

Contra la ignorancia: conocer el pasado incómodo

LORENZO FERNÁNDEZ PRIETO
(Universidade de Santiago de Compostela)

El coloquio que da origen a este libro fue un encuentro de preguntas más que de respuestas, fundamentado en la idea de que el conocimiento del pasado es el mejor cimiento para construir una cultura de paz y que ésta es históricamente un bien tanpreciado como frágil; en que la historia puede ser un instrumento de reconciliación consciente e informada de los herederos del pasado incómodo; en que el conocimiento del pasado —europeo y mundial— de persecución y genocidio debe servir de antídoto a esos peligros en el presente y para el futuro y de pilar de la tolerancia y la paz. Porque no es en el olvido donde se encuentra ese antídoto —que lo fue para los protagonistas en primer o segundo grado del franquismo y la dictadura—, sino en la construcción de la historia.

La idea de fundamentar la cultura de paz en el conocimiento del pasado de guerra y persecución la fraguamos los organizadores en la experiencia del proyecto Nomes e Voces (<www.nomesevoces.net>), que desarrollamos desde el 2006. Un proyecto para el que el encuentro sirvió de balance y punto de inflexión, en el marco del Foro 2010, organizado por el Seminario Galego de Educación para a Paz, la Fundación Cultura de Paz, con apoyo de la ONU y la Unesco, en diciembre del 2010, en Santiago de Compostela.

Conscientes, por nuestra experiencia investigadora —4.000 registros en red de personas represaliadas (4.600 asesinados), 500 entrevistas, revisión de 2.500 procesos militares y 300 registros civiles, recuperación de fondos privados y 6.000 imágenes—, de que, frente al conocimiento liberador que proponemos y practicamos como historiadores, la ignorancia forzada u obligada sólo genera revanchismo y en vez de cerrar conflictos los recrea y reproduce en el tiempo.

Éste fue el eje del debate propuesto en el coloquio, indagar y debatir las ventajas del conocimiento y las razones de la ignorancia del pasado incómodo español. Este eje central se articuló en diferentes sesiones con vida propia en mano, voz y, finalmente, letra de los participantes invitados y los asistentes a los debates, para generar nuevas preguntas y formular nuevas respuestas que los lectores podrán conocer en estas páginas, a través de la presentación de los comentaristas de las sesiones y de los textos

preparados por la mayoría de los participantes. Algunos, no obstante, nos hicieron saber desde el primer momento que su compromiso de participación no podría incluir un texto y otros, por distintas razones, que se señalan en cada caso, no han podido o aceptado participar en el volumen final. En todo caso, debates y conclusiones aparecen presentados en sus aspectos esenciales.

Recordar y olvidar son opciones y caras de la misma moneda sobre las que se debatió por extenso desde la lógica de la indagación, porque el olvido forzado no es una opción, sobre todo cuando existe una demanda social de conocimiento que debe ser satisfecha por los historiadores. De todos modos, sólo puede olvidarse lo que se conoce. Y no puede desconocerse que la opción de la destrucción física del enemigo político o social, exhaustiva o selectivamente, constituyó na práctica extendida desde diferentes ideologías en el siglo pasado. Una opción que no debería formar parte del futuro, pero en cuya conjura y prevención tiene que participar la historia como conocimiento construido.

En la formulación original del coloquio también consideramos necesario promover un ejercicio de presentación y comparación de procesos de reconciliación después de las experiencias de guerras civiles, dictaduras y genocidios en la Europa y la América del siglo xx, para dar cuenta precisamente de la extensión territorial y temporal de esta práctica y comparar las soluciones adoptadas, normalmente desde el prisma del caso español. Presentar y debatir las diferentes experiencias sobre cómo se abordó la gestión de ese pasado incómodo permitió situar el problema español en un contexto más amplio y resituar claves y preocupaciones.

Las ocho sesiones del coloquio se reorganizan ahora **en seis capítulos [hay siete, más un octavo de conclusiones]**: los tres primeros sobre los pasados incómodos de España, Europa y Latinoamérica, el cuarto sobre genocidio y justicia transicional, el quinto sobre los procesos de recuperación cívica de las memorias, y el último aborda la forma que adoptó la investigación del pasado por los historiadores, el papel de la memoria, los archivos y las políticas públicas. Durante dos días se reunieron en Santiago de Compostela un total de cuarenta historiadores, archiveros, activistas de la memoria y juristas para exponer y debatir, con la libertad que necesitan los que aspiran a conocer.

Para promover la discusión, los organizadores articulamos una batería de preguntas que fueron formuladas anticipadamente a los participantes de las diferentes sesiones y de las que damos cuenta en cada capítulo del libro. La fórmula contribuyó al desarrollo de las intervenciones y los debates y, aunque pudo haber limitado otros, creemos que el resultado fue positivo o al menos práctico. Los lectores juzgarán.

Quedamos satisfechos del resultado y del esfuerzo realizado, de las impresiones que recogimos entre los participantes, convencidos finalmente de que mereció la pena el esfuerzo y, en tiempos ya de crisis, los costes que supuso. Después del encuentro, utilizando las notas y las grabaciones de todas las sesiones, elaboramos unas conclusiones de cada sesión que discutimos en el grupo y agrupamos después para recabar

consideraciones de los participantes antes de publicarlas en la web. En un apartado final se presentan muy resumidas y en cada capítulo tratadas con más detalle. Pero la conclusión final más extendida fue la de que deberíamos profundizar en los debates abiertos y continuar con esta prácticas. Sirva, pues, este libro para instar a la continuidad de estos debates, como sirvió el coloquio para provocarlos, canalizarlos o servir de crisol a los que estaban abiertos.

En la preparación, organización y desarrollo del encuentro hemos contraído deudas con personas e instituciones. Primero con los organizadores del Foro 2010 en Santiago de Compostela, que entendieron desde el primer momento y asumieron de forma entusiasta la propuesta de que este coloquio formara parte de sus actividades, en especial con el presidente del Seminario Galego de Educación para a Paz, Manuel Dios, pero también con Federico Mayor Zaragoza, presidente de la Fundación Cultura de Paz, que nos animaron con su desbordante y ambicioso optimismo a llevar a buen puerto la actividad sugiriendo y favoreciendo contactos. La Universidade de Santiago y a las Facultades de Xeografía e Historia y de Ciencias da Comunicación, cuyos decanos acogieron el desarrollo de las sesiones en sus instalaciones. Los participantes que generosamente se pusieron a nuestra disposición, algunos haciendo importantes esfuerzos, en especial D. Nicolás Sánchez-Albornoz, que aceptó pronunciar la conferencia inaugural, y, de modo singular, Conxita Mir y Ángela Cenarro, por su permanente colaboración con el grupo. Los investigadores y colaboradores del grupo Nomes e Voces Andrés Domínguez, Xurxo Pantaleón, Antonio Somoza, Gustavo Hervella y Chus Martínez garantizaron que funcionase como un reloj la complicada maquinaria de un evento de estas características. También, por último, a Jorge Semprún, con quien contactamos para la conferencia de clausura y que se mostró muy animado y convencido de asistir, pero una intervención quirúrgica en aquellos días, consecuencia de sus «años de juventud», le impidió finalmente estar con nosotros aquel diciembre del 2010.

CONFERENCIA INAUGURAL

Violencia y desmemoria

NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ Y ABOÍN

Exiliado. Doctor en historia

Mis primeras palabras son para felicitar a los convocantes del congreso compuesto por el tema y el enfoque elegidos. Evocar el estado del conocimiento de las calamidades recaídas sobre la sociedad española durante la pasada dictadura constituye uno de los retos que ella tiene por delante. Plantear el debate denota discernimiento y sensibilidad cívica. Por otra parte, otras naciones, además de la nuestra, necesitan sobreponerse a las violencias heredadas de los gobiernos militares del siglo XX. El carácter internacional y comparativo que revisten estas jornadas resulta, además, sumamente pertinente.

Paso a agradecer a los mismos organizadores la consideración tenida al invitarme a pronunciar la conferencia inaugural del congreso. Al pensar mi respuesta, me pregunté qué fundamento podía tener su ofrecimiento. El tema a debatir pertenece al pasado y admito que se me tiene por historiador veterano. Mis múltiples líneas de investigación no se han cruzado, sin embargo, con la guerra civil y el franquismo, tema que muchos de los invitados aquí presentes suelen bordar. A pesar de no haber revuelto papeles, tengo formada opinión sobre una época que me tocó vivir. Mi presencia en este foro cabe, si no como historiador, al menos como testigo.

La persecución a la que el franquismo me sometió me hizo conocer tres cárceles y dos exilios en los cuatro decenios ensombrecidos por la dictadura, es decir, de 1936 a 1976. Al mismísimo franquismo debo, pues, la condición de «experto» en la materia. Ahora bien, ¡ojo a las fechas! ¿Qué declaro conocer? Mi paso por la cárcel no es paradigmático. Mis palabras no pueden evocar —a no ser de oídas— los campos de concentración, las cárceles, los castigos de las primeras horas de la posguerra. Mi juventud de entonces me permitió librarme de padecer esos malos tragos. Mi conocimiento directo data de fechas posteriores, en concreto del bienio de 1947-1948. Ocho años después de concluir la guerra civil, seguía persiguiéndose, vejando, condenando y ejecutando por hechos de guerra y, por añadidura, reprimiendo la resistencia clandestina surgida a continuación. No perdamos, pues, de vista la coyuntura que encuadra mi testimonio.

Por comparación con la ferocidad derrochada al principio del decenio, la represión había empezado a mermar por esas fechas. Se fusilaba, pero menos. El gatillo se

apretaba más espaciado, no por haber florecido la indulgencia en el campo de los verdugos, sino por quedar menos prisioneros que pasar por las armas. Unos cuarenta mil republicanos habían sido fusilados en los primeros años de dictadura y otros habían fallecido por el maltrato dado o las secuelas de las enfermedades contraídas. Las ejecuciones era imposible que siguieran al ritmo impreso al principio. En 1947, la máquina de los consejos de guerra seguía, no obstante, funcionando implacable, repartiendo condenas a troche y moche bajo el forzado pretexto de rebelión militar y por el procedimiento de urgencia, escasamente garantista, contemplado en el código militar.

Dentro de ese clima represivo, mi experiencia carcelaria resultó más benigna que la común. Tuve la suerte de que las prisiones que me tocó conocer no fueron las más lúgubres y severas. La condena que se me impuso —seis años de cárcel— tampoco fue alta para lo que se gastaba en la época. Cierto es que la causa pretextada para condenarme no daba para más, como se ha de ver. Mi recuerdo de aquellos días ha sido endulzado después por el sabor del raro privilegio que he tenido de que ningún funcionario de prisiones corrió cerrojo alguno para ponerme en la calle. La libertad la gané por mi cuenta. El éxito de mi fuga suavizó las impresiones de mi paso por la prisión. Los sinsabores experimentados por mí distan de ser extrapolables al conjunto de las víctimas de los decenios de franquismo.

Mi exilio tampoco es típico. No encaja en el éxodo multitudinario del invierno de 1939, que abrió las puertas de la expatriación a la mayoría de los republicanos. Mi exilio consta, en realidad, de dos partes separadas por un interludio madrileño. Un primer destierro, a la rastra del de mi padre, me retuvo de niño en Francia, desde 1936 hasta la invasión alemana del país galo. El segundo exilio responde, en cambio, a merecimientos propios y transcurrió en América, codo con codo con los exiliados del 39, junto a mi padre por bastante tiempo. Esta expatriación duró sin interrupción la friolera de 28 años —de 1948 a 1976—, lo que se dice pronto. Este exilio no guarda relación directa con la derrota de la República, como sí la guarda en el caso de la mayoría de los refugiados. Resulta de la actividad clandestina desarrollada en el interior, cuando los exiliados se hallaban fuera del país sojuzgado. Como la dictadura jamás concibió un sistema político inclusivo, que no necesitara reprimir y desterrar para gobernar, los jóvenes inconformistas, entre los que me hallaba, acabaron por tener que buscar asilo en el extranjero. Exilio sí, pero de un color menos visto.

Los republicanos que desempeñaron papel relevante en la guerra y en la posguerra se cuentan hoy poco más que con los dedos de las manos. El año pasado recuérdese que conmemoramos los setenta años del fin de la guerra y del inicio del exilio republicano mayor. La poda efectuada por el curso implacable del tiempo concede la palabra a los más jóvenes entonces o a los resistentes del interior. Para que mi intervención en esta ocasión se justifique contra las reservas que he adelantado, tendré que esforzarme por sacar punta a unos recuerdos que valgan para incriminar el comportamiento del régimen en su conjunto. Antes de adelantar argumentos al respecto, necesito recapitular los datos de mi experiencia en que se han de sustentar.

Aparte de las reservas intelectuales, morales y políticas latentes en mí desde la infancia, mi encontronazo con el franquismo sobrevino en marzo de 1947, cuando fui detenido con otros trece compañeros por intentar reconstituir la Federación Universitaria Escolar. La FUE había conquistado su momento de gloria al oponerse a los zarzapos que Primo de Rivera prodigó en la universidad y por haber contribuido con su hostigamiento al desmoronamiento de la dictadura. Durante la República, gozó de consideración merecida. La FUE fue disuelta y sus miembros perseguidos al terminar la guerra civil, junto con las demás organizaciones políticas y sociales del espectro republicano. La reivindicación clandestina de una universidad plural y libre mal podía poner en peligro a un Gobierno nada frágil. En cualquier democracia, las demandas estudiantiles de este género no dan para que la policía y los tribunales intervengan. Pero el franquismo no pretendía ser una democracia. No admitía, por principio y por fatuo, la menor discrepancia. Su intolerancia obligó a la FUE a conciliar sus reclamaciones con objetivos políticos —libertad y República— y a coordinar esfuerzos con las organizaciones de la oposición con iguales objetivos.

La detención y la cárcel me llevaron a conocer el trato que el régimen dispensaba a los presos de guerra o a los opositores recientes en la forma de torturas, humillaciones, ejecuciones... No las sufrí en carne propia, pero sí las conocí de muy cerca. En la Dirección General de Seguridad de Madrid, las amenazas proferidas en los interrogatorios no se tradujeron en torturas, pero sí pude conocer cómo se aplicaban a los vecinos. En los entresijos de la Puerta de Sol, a mis oídos llegaron en efecto los alaridos proferidos en la habitación de al lado por los obreros apresados en un operativo paralelo a nuestra detención. Los sindicalistas representaban para la policía una presa mayor que los estudiantes y concentraron toda su atención en ellos. La información sacada de noche bajo tormento sirvió para detener a la mañana siguiente al comité provincial de la CNT de Madrid y para reanudar la tanda de malos tratos con los apresados. Testigo directo soy, por lo tanto, de la tortura que la policía infligía, sin haberla padecido. Aunque la noticia no constituye novedad, mal no viene recordar que, en 1947, la tortura no había caído en desuso.

En prisión supe luego de fusilamientos. Con alguno de los ejecutados había trabado cierta amistad. Es el caso del vecino de celda apellidado Consuegra. El conocimiento personal de la víctima torna más desgarradora cualquier muerte. Que se fusilara en 1947 también se sabe, pero se conoce menos la liturgia que rodeó a las ejecuciones que me constan. En Alcalá de Henares, los pelotones estuvieron sin actuar hasta el 14 de abril y, en Carabanchel, hasta el 20 de noviembre. En la primera fecha, los verdugos vieron la ocasión de sacarse la vieja espina de la proclamación de la República ese día de 1931. El 20 de noviembre vengaba el fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera once años antes en la prisión de Alicante. En 1947, el franquismo no se contentaba, pues, con seguir matando. Al crimen agregaba el hedor de la venganza.

Todo ciudadano inculpa por razones políticas pasó entonces por un consejo de guerra. Las fuerzas armadas se reservaron la función de juzgar y de ejecutar desde las

primeras horas de la sedición hasta la erección en 1963 del Tribunal de Orden Público. Los consejos de guerra y los pelotones de fusilamiento estuvieron compuestos por militares o por miembros de instituciones militarizadas, como la Guardia Civil. El consejo de guerra reunido para juzgar a los catorce miembros de la FUE clandestina procedió de una manera poco usual. Primero, su composición no fue la acostumbrada. El tribunal estuvo formado por oficiales generales. El código militar prevé que los oficiales han de ser juzgados por compañeros de rango superior. Entre los estudiantes inculpados había precisamente un diplomado en los cursos de la Milicia Universitaria con grado de alférez provisional. La presidencia del consejo recayó por sorteo sobre el general Luis Redondo García, el tradicionalista andaluz que, en las primeras semanas de la sublevación, avanzó al frente de una columna de requetés en dirección a Córdoba. En la dictadura, trocó el mando de tropa por la poltrona del Consejo Supremo de Justicia Militar. Dentro del organigrama del régimen, llegó, por consiguiente, a ocupar el cargo poco glorioso de represor máximo. Entre los vocales del tribunal se sentó Juan Vigón, más tarde teniente general y, como paniaguado de Franco, ministro de Obras Públicas por un decenio. Consejo castrense adornado con figuras encumbradas, influyentes y de plena confianza de la autoridad suprema.

Al rememorar el juicio, dejo a un lado los meandros por los que discurrieron las calificaciones fiscales y los argumentos de la defensa, transidos de obsesiones paranoicas, que me constan ahora al leer pausadamente en la pantalla de mi computadora la copia digitalizada de la causa. Me detendré, en cambio, en el final de la ceremonia. Agotadas las intervenciones orales del relator, del fiscal y del defensor, así como el turno de alegaciones de los encausados, el tribunal se retiró a deliberar. La discusión duró horas hasta emitir un fallo que elevaba las penas por encima de las solicitadas en la vista pública. Aumentar penas en los años de plomo no fue infrecuente. El auditor de guerra y el mando de la región militar estaban facultados para discrepar del fallo elevado a su aprobación. El disentimiento terminaba de ordinario en un juicio de revisión. En nuestro caso, la desavenencia se manifestó antes de llegar a ese punto. El consejo rechazó la calificación fiscal, no importándole desairar a este uniformado. Lo decidido por sus miembros fue sextuplicar varias penas, triplicar o duplicar otras. Pocas de las solicitadas fueron respetadas. Ninguna fue reducida, como suele ocurrir en los juicios civiles y castrenses que atienden a las alegaciones de la defensa. El aumento drástico y repentino de las penas no pudo tener más motivo que el político. Las elucubraciones sobre este extraño comportamiento proliferaron.

Una anomalía más: fui enviado a purgar los seis años de condena en el destacamento penal del Monasterio, uno de los tres que levantaban el infecto mausoleo que el dictador megalómano mandó construir en el valle de Cuelgamuros. En las obras respectivas trabajaban presos políticos, codo con codo con un puñado de homicidas. La mayoría de los políticos recluidos no había pisado la calle desde 1939. En la primavera de 1948, algunos acumulaban nueve años seguidos de prisión. Los presos políticos *posteriores* éramos en cambio pocos. Mi destino en la oficina del destacamento me

proporcionó un trabajo más cómodo que el de mis compañeros y, de paso, la ocasión de conocer cómo funcionaban por dentro estos establecimientos.

En Cuelgamuros, el trabajo más peligroso corrió a cargo de la unidad de presos que horadó la cripta monumental a fuerza de voladuras. El destacamento más exigente y duro, en esfuerzo y disciplina, fue el que construyó los accesos al valle. También fue el más numeroso. El trabajo requerido en la construcción del monasterio fue, a fin de cuentas, el habitual en el ramo de la construcción. En los tres casos, el Estado arrendó la mano de obra que las empresas contratistas emplearon a razón de 10,50 pesetas limpias por jornada trabajada, seis días por semana. En otros años, el monto debió ser diferente por la inflación. En el trato convenido, el alojamiento, la alimentación y la custodia corrieron a cargo no del empleador, sino del proveedor de la mano de obra, es decir, del Estado. No entro aquí a discutir si las constructoras se beneficiaron o no del trabajo de los presos disponibles, aunque los indicios sugieren que el negocio pudo ser redondo. Lo impecable es que el Tesoro sacó una tajada suculenta de la operación.

La Dirección General de Instituciones Penitenciarias imputaba a alimentación cinco pesetas diarias, cantidad igual a la mitad de lo devengado por el arriendo del preso. Una suma cero cancelaba el gasto con el ingreso. Desde el punto de vista del preso, cabe interpretar que él corría con la manutención. En suma, cada individuo autofinanciaba su supervivencia. Con las cinco pesetas restantes cobradas, el Tesoro debió compensar los gastos fijos requeridos: alojamiento, vigilancia, administración, etcétera. Gracias, pues, al invento de la redención de penas por el trabajo, la dictadura pudo permitirse el lujo de retener a bajo coste una ingente masa de presos. Sin ese artificio, tal vez hubiera tenido que pensárselo dos veces y contemplar la atrición de la población reclusa.

En los partes que cursé desde la oficina del destacamento, debí hacer constar la alimentación diaria repartida entre los reclusos, por cabeza y por calorías, ajustada a una dieta balanceada. Nada de empachos unos días y de apretarse el cinturón otros. Las buenas intenciones recogidas en las recomendaciones chocaron con la realidad. Calcular la dieta diaria por preso no presenta problema alguno. Basta con convertir pesos en calorías mediante simples cálculos aritméticos conforme a las indicaciones contenidas en unas tablas convencionales. El problema residía en las existencias.

Una vez por mes, o algo así, un camión con matrícula PMM llegaba al destacamento cargado de provisiones. Unos presos designados descargaban en el almacén lo que se les indicaba. Terminada la tarea, los camiones pegaban la vuelta sin haber perdido demasiado peso, pero con la conformidad de la entrega. La voz corría entre los presos de que la diferencia entre lo suministrado y lo descargado encontraba salida a precios abusivos en el estraperlo de Madrid. En el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares no será imposible dar con algún expediente administrativo condenando por malversación a algún funcionario caído en desgracia. De ser así, los funcionarios de prisiones sólo habrían reproducido el comportamiento observado en sus superiores. El agravante adicional en el caso de estos servidores públicos es que se

llenaron los bolsillos a costa del estómago de hombres a su cargo y de caras conocidas.

A menudo se me pregunta cómo conseguí sortear la vigilancia para fugarme de Cuelgamuros. Por falta de información específica, la imaginación equipara los destacamentos con los campos de concentración nazis. Ni en tamaño, configuración y objetivos se les parecieron. Franco exterminó, pero no en cámaras de gas, sino a balazos. A los que no fusiló, procuró sacarles partido. Los condenó a trabajar primero en una multitud de campos de concentración o en batallones de trabajadores y, más adelante, en destacamentos penales compuestos por decenas o centenares de prisioneros, y no por millares. Los tres destacamentos de Cuelgamuros albergaron simultáneamente alrededor de seiscientos internados. La fórmula teutona no valía para las necesidades del franquismo. Los destacamentos penales no contaron con altas alambradas electrificadas, vigiladas día y noche por la milicia del partido y por perros entrenados. Erigidos en parajes aislados, ninguna separación drástica espaciaba sus barrancos o el tajo del entorno. La plantilla asignada para la custodia de los cautivos tampoco era suficiente. Los números de la Guardia Civil asignados a la custodia de los destacamentos tampoco eran demasiados. Los funcionarios de prisiones se quejaron por escrito de los fallos detectados. La alerta por ellos sonada tenía por objeto guardar las espaldas para el día en que se produjera una fuga.

Las autoridades tuvieron perfecto conocimiento de los defectos señalados, pero nada hicieron para remediarlos. No parecía traer cuenta. Más obras y mayor dotación, multiplicadas por la cantidad de destacamentos repartidos por todo el territorio nacional, resultaban prohibitivas para un presupuesto cutre, como era el franquista. Fernando Olmeda ha encontrado en el Archivo de la Administración Pública citado constancia documental de 44 fugas de los tres destacamentos del valle de Cuelgamuros, entre 1944 y 1949. Evasiones no faltaron, pues. De las habidas, sólo la protagonizada por Manuel Lamana y por mí concluyó felizmente. A los 42 huidos restantes, la policía o la Guardia Civil los atrapó a las pocas semanas, camino del pueblo en la mayoría de los casos. Los fugados abandonaron el valle de Cuelgamuros para caer en la «inmensa prisión» que era la España de Franco. La fuga de las cárceles o de los destacamentos no traía, por lo tanto, cuenta, a menos de poder cruzar a Francia. Poner el Pirineo de por medio no estaba, sin embargo, al alcance de cualquiera. Incluso las organizaciones clandestinas más poderosas tropezaron con serios problemas para poner a salvo a sus militantes más expuestos. En el caso de Manuel Lamana y mío, los compañeros de la delegación de la FUE en París echaron su cuarto a espadas y proporcionaron los medios adecuados, que la suerte luego bendijo. Los reiterados fracasos tuvieron en general un poderoso efecto disuasorio. El Gobierno prefirió reforzar la policía antes que corregir la vulnerabilidad de los destacamentos.

Mi fuga de Cuelgamuros inició un destierro nueve años después del grueso del éxodo republicano. De éste difirió poco por compartir igual ostracismo y falta de acreditación. Los exiliados tuvieron que resignarse a ser apátridas o a buscar amparo en otra nacionalidad. Yo me obstiné en no cambiar la que me correspondió por naci-

miento, sin resignarme, en cambio, a viajar por el mundo cuando lo necesitara. La negativa de las autoridades franquistas a dotarme de un pasaporte me llevó a ingresar en Argentina en 1948 con un *laissez-passer* de refugiado emitido por un Comité Internacional. Más adelante circulé con un pasaporte argentino para no argentinos, documento poco conocido, o exhibiendo un pasaporte de la República en el exilio. Sólo muy tarde el Consulado español en Buenos Aires me hizo entrega de la impudicia de un pasaporte válido para todos los países del mundo, menos para entrar en España. En otro momento recapitularé mi curiosa pugna por los papeles.

Los episodios mencionados constituyen anécdotas personales, pero no es mi biografía lo que aquí importa. Traerlos a colación apunta más alto. De los mismos cabe extraer una definición de la naturaleza del régimen. La nota que se repite en todos ellos es la omnipresencia de la violencia. El régimen de Franco no se entiende sin ella. Actos de violencia fueron la reclusión, los fusilamientos, la explotación laboral, los destierros... y, aunque menos sanguinarias, la prevaricación y la corrupción. El régimen franquista se implantó por un acto de violencia y ni supo ni quiso desprenderse de esa herencia. Franco seguía arengando a sus fieles en la segunda mitad de los años cuarenta con el discurso paranoico y gastado del cerco de España y de que la guerra no había terminado. Sus proclamas seguían justificando exclusiones y violencia.

Incapaz de soñar con un país plural y en paz, el régimen dio rienda suelta a la violencia por saña y por pedagogía. La intimidación pretendía inculcar terror e imponer una obediencia ciega en una sociedad que se resistía a ser avasallada. En parte consiguió su propósito. Ahora bien, al desaparecer sus aliados de la primera hora proclives como él al uso de la violencia, las baladronadas dejaron de traer cuenta. El franquismo optó no por renunciar a la violencia, sino por ocultarla. No cejó de perseguir, apresar, matar, desterrar... pero lo hizo entonces a la chita callando.

Llegado a este extremo, necesito echar mano del segundo término del título de la conferencia: la desmemoria. En principio, el olvido puede ser accidental, deliberado o impuesto a fuerza de amenazas directas o latentes. La desmemoria que paso a considerar es la última, la impuesta con amenazas. Los contenidos con que vamos a tropezarnos son dos sucesivos, con objetos claramente diferenciados.

A medida que ocupaban el territorio, los sublevados del 36 se esforzaron por borrar de la mente, de los labios y de los corazones de la gente el recuerdo de una tradición política, social y cultural que había prendido en España y que declararon incompatible con la concepción política, social e histórica que ellos perseguían. A diferencia de otras veces, los militares golpistas no ambicionaron simplemente disfrutar del poder, sino que pretendían trastocar el curso por el que el país se había adentrado. Aparte de verter sangre a raudales, las instituciones fueron depuradas con ese fin y disueltas las organizaciones políticas y sociales de color republicano. Los rebeldes pretendieron ir más lejos inducidos por el integrista católico que les prestó su apoyo incondicional y llegaron al inaudito extremo de procurar borrar del pasado la lejana Ilustración y el libre pensamiento. La censura se empeñó a fondo para forzar la desmemoria.

Cuando, perdidos sus aliados naturales, el franquismo fue puesto en cuarentena, el régimen no pudo impedir que las ideas y la información objeto hasta entonces del olvido penetraran en el país a través de unas fronteras porosas, incluso las ideas y la información referentes a España. Por otro lado, obliterar las ideologías no era ya la tarea más apremiante para la fase a la defensiva en la que el régimen se encontraba. Los datos más inmediatos importaban más por sus implicaciones. Poco ganaba el régimen denostando la Ilustración, para retomar el ejemplo usado. Lo urgente era esconder el cúmulo de fechorías perpetradas. La desmemoria que se exigió se concentró en otro objeto. El giro operado hurtó por completo del escrutinio público las fosas comunes, las ejecuciones en masa, las torturas, las cárceles rebosantes, las depuraciones, las expatriaciones... Toda la parafernalia de la represión. Apremiaba reducir al olvido las tropelías cometidas por decenios.

En los últimos tiempos, los historiadores españoles han recuperado el contenido de la memoria que el franquismo vetó en la primera etapa señalada. La tradición liberal y social de nuestro pasado se encuentra encima de la mesa, junto con las diversas concepciones de nuestra conformación nacional. La República ha sido rescatada en su sentido y en su complejidad. El exilio ha sido reintegrado al flujo de la cultura nacional. Esta rehabilitación no impide que circule un residuo de las caricaturas de la realidad pergeñadas por los órganos de propaganda del franquismo con el fin de rellenar los espacios visibles que la desmemoria había dejado en blanco. Plumas de la trinchera de Ricardo de la Cierva no han dejado de escribir, ni lo harán nunca, por conveniencias políticas y sin respeto a las evidencias. Alejados de los resortes de mando de que gozaron, poco importa que sigan dando la tabarra. La circulación libre de la información se encarga de dar la razón a los historiadores profesionales.

Los actuales historiadores no han tenido, en cambio, el mismo éxito al abordar el segundo tipo de desmemoria inducida por el franquismo. Los individuos con antecedentes franquistas directos o familiares se resisten a que el tema de la violencia ejercida se ventile por temor a las responsabilidades pendientes, al menos las morales. Para mayor inri, parte de ellos ocupan puestos institucionales capaces de impedir o de entorpecer la difusión de contenidos. El peso de su mano es visible en la oposición a que se identifiquen y honren los restos de los hombres y mujeres que yacen en fosas comunes, en las limitaciones a la inscripción de los desaparecidos en los registros civiles, en los obstáculos a la consulta de los expedientes de los juicios militares o a que se abran los archivos de las prisiones, amén de la sospechosa desaparición de documentos. Muestra especial de ese empeño constituye el mausoleo del valle de Cuelgamuros, que aún espera ser transformado en honra de los muertos allí enterrados, incluidos los republicanos, y de homenaje a los presos políticos forzados a trabajar en su construcción. Cuelgamuros no puede seguir cobijando el reposo del verdugo. Como broche de las dificultades encontradas, recordemos dos hechos judiciales recientes. Un historiador fue procesado por haber dado a conocer documentos que inculpan a personas que intervinieron en la represión sangrienta de una localidad gallega. **El juez Garzón se**

halla bajo proceso por pretender investigar, con la legalidad internacional en la mano, el genocidio franquista.

Cabe preguntarnos antes de terminar ¿qué sentido tiene empeñarse en deshacer el entuerto de la desmemoria cuando tantos obstáculos se oponen a esclarecer lo oculto? No creo que nadie entre nosotros se arredre ante las dificultades, pero seré más concreto. Por integridad profesional, los historiadores no van a desistir de localizar documentos y de dar cuenta de lo que se desprende de ellos. Mi intervención anterior ha consistido en una suerte de ruego a que la investigación de la violencia se prolongue más allá de la ejercida durante la guerra civil y en la inmediata posguerra. Su vigencia no se circunscribió a esa época nefasta, sino que fue empleada continuamente durante toda la dictadura.

El impulso profesional va unido a otro cívico más general. La violencia que la desmemoria oculta no puede ser premiada con un olvido permanente. La religión y el derecho exigen, cada uno por su lado, el arrepentimiento o la expiación para la reinsertión de las personas en la comunidad. El criterio puede trasladarse a este caso. Los beneficiarios de la desmemoria se resisten a rectificar. La convivencia ciudadana futura no puede darse por asentada hasta que las víctimas, sus nombres y sus voces hayan sido reinsertados en la comunidad. Del coloquio de los próximos días cabe esperar, y así lo espero, observaciones y propuestas para esa doble acción profesional y cívica.

